

ANTONIO FRANCO. MÁS ALLÁ DEL MEIAC.

VIDA Y RECUERDOS

Carmen Cienfuegos Bueno

RESUMEN: Antonio Franco, crítico, historiador y gestor cultural, a lo largo de los últimos 25 años de su vida, fue el primer y único director del Museo Extremeño e Iberoamericano de Arte Contemporáneo (MEIAC). La que fuera su esposa durante 35 años evoca su trayectoria vital, personal y profesional, a través de los datos y episodios más relevantes de su biografía.

PALABRAS CLAVE: MEIAC, Arte Contemporáneo, Extremadura, Badajoz, Vostell, Sevilla, Ortega Muñoz, Barjola, Portugal.

ABSTRACT: Antonio Franco, critic, historian and cultural manager, throughout the last 25 years of his life, was the first and only director of the Extremeño and Iberoamerican Museum of Contemporary Art (MEIAC). The one who was his wife for 35 years evokes his life, personal and professional career, through the most relevant data and episodes of his biography.

KEYWORDS: MEIAC, Arte contemporáneo, Extremadura, Badajoz, Vostell, Sevilla, Ortega Muñoz, Barjola, Portugal.

Introducción.

En uno de los más truculentos finales que hubiera podido imaginar su siempre aprensiva intuición, a la muerte inesperada de Antonio Franco, le seguiría, casi sin solución de continuidad, la crisis sanitaria y económica provocada por el coronavirus. No corresponde aquí recordar aquellos días, pero tampoco era posible entonces dejar de imaginar aquellos espacios donde había transcurrido buena parte de la vida de Antonio: su museo –el MEIAC–, cerrado, oscurecidas las salas y apagados los monitores, elocuente silencio del arte, como enmudecido ante su pérdida.

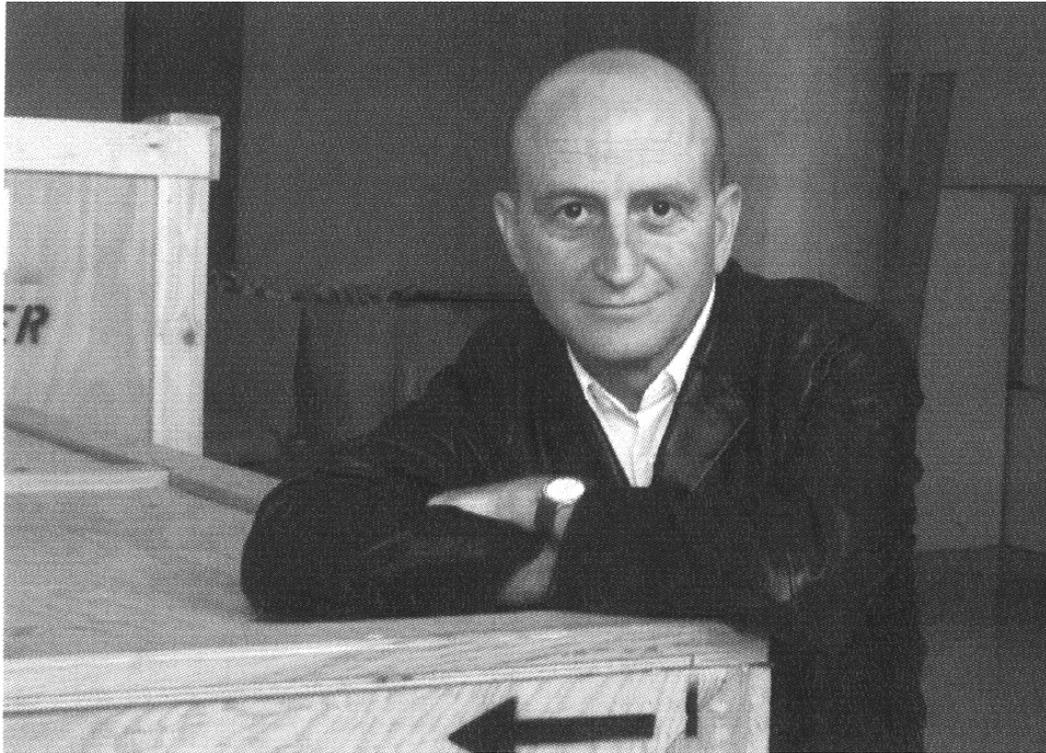
Para Antonio había sido sagrada la tarea de honrar a los que partieron antes. En sus propias palabras, más de una vez repetidas en ámbitos públicos y privados: *“la cultura ... es una obligación con el presente,... con el futuro,.. pero también –y sobre todo, acotaría yo– una obligación con el pasado, porque tenemos la responsabilidad de preservar la memoria de lo que otros hicieron, de conservar el recuerdo de un tiempo que no vivimos, pero al que pertenecemos”*¹.

Inesperadamente, quien esto escribe se ve abocada a recoger ese testigo al que Antonio aludía, y a asumir parte de la responsabilidad de preservar su memoria. Paradójicamente, esa era una tarea a la que él mismo pensaba dedicarse más adelante, levantando esa *Fundación y Archivo Antonio Franco*, con frecuencia imaginada, y que estaría dedicada, no a su propia persona, sino al estudio de

¹ Palabras pronunciadas por Antonio Franco en una conferencia dictada en Azuaga 16-12-2016.

todos los documentos gráficos y literarios que había ido recopilando durante décadas, en los que se oculta una parte de la historia de Extremadura. Tras esas alusiones, a menudo enunciadas con talante imperturbable, que impedía distinguir entre bromas y veras, se intuía su firme voluntad de trascender, de sobrevivir a su tiempo.

Conscientes de la imposibilidad material de condensar en unas pocas páginas la biografía de Antonio Franco, se ha preferido sintetizar en unos pocos los momentos que nos parecen más reveladores de su trayectoria vital.



Antonio Franco. MEIAC 2012. Fotografía: Vicente Novillo

Primeros años.-

Antonio nació en mayo de 1955 en Badajoz, esta ciudad fronteriza donde pasaría la mayor parte de su vida. Su padre fue militar: un hombre serio, afectuoso; con raíces familiares que le unían a Jerez de los Caballeros y del que heredó, además de la inconfundible y coloradísima cabellera que sería su seña de identidad juvenil, el gusto por el campo extremeño, y el espíritu sobrio y riguroso, casi austero, con el que abordaría siempre sus trabajos. Primogénito en una familia de cinco hermanos, un pequeño problema de salud, –había nacido con una estenosis de píloro– obligaría a Isabel Domínguez, su joven madre, a volcar toda su energía en “sacar adelante” a golpes de paciencia y tesón, a aquel niño llorón que con no menor obstinación rechazaba los alimentos. Sobra decir que en aquel choque de voluntades, y por suerte para el niño, triunfaría la tenacidad materna, y Antonio salvaría ese obstáculo inicial convertido en una saludable criatura que proseguiría desde entonces su desarrollo con toda normalidad.

Los primeros años de su vida transcurrieron en una vivienda de la colonia militar de Badajoz, entonces situada prácticamente en medio del campo, al otro lado de la carretera de Madrid, hoy Avda. de Juan Sebastián Elcano.

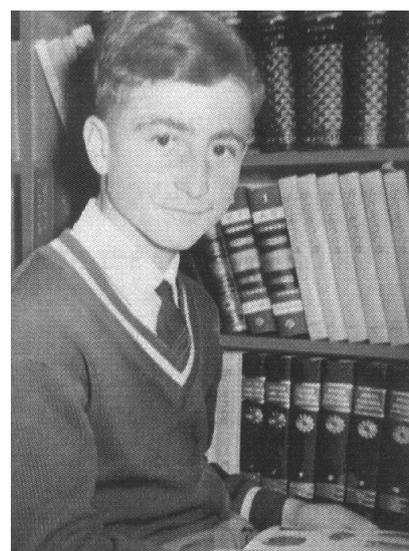


Antonio con sus padres en 1956

Unos años más tarde la familia se trasladaría a la nueva zona residencial que se construyó extramuros de la fortificación abaluartada, frente al baluarte de Santiago, y Antonio empezaría su vida escolar en la Escuela Aneja a la Normal de Magisterio, muy próxima a su casa. Tras la etapa escolar, cursó el bachillerato, en la rama de ciencias, en el Instituto Zurbarán.

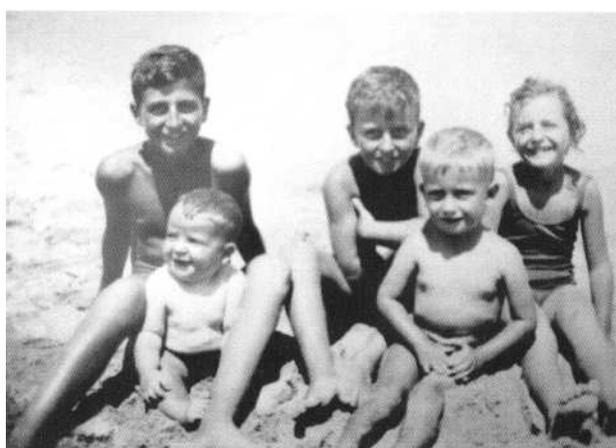
Caparica.-

Los Franco Domínguez, como tantas familias de Badajoz, solían pasar buena parte del verano en las playas de Portugal. Tanto por su cercanía como por las condiciones relativamente benignas del mar en sus playas, Caparica, una pequeña población cercana a Lisboa, era el destino habitual de la familia, que pasaba allí buena parte del verano. La playa portuguesa, bulliciosa de españoles, era escenario de personajes pintorescos, casi decimonónicos, como los banheiros, los barquilleros, con sus ruletas de lata, las vendedoras de bolinhos o los vigilantes de los juegos de bola. Este paisaje



Un pelirrojo Antonio adolescente y encorbatado

humano sería siempre recordado por Antonio, que quizá durante aquellos veranos vio nacer el germen de su declarada pasión portuguesa.



Antonio (primero por la izquierda) con sus hermanos Curro, Isabel María, Carlos y José María, en la playa de Caparica, a mediados de los años 60

Sevilla.

A la hora de enfrentarse a los estudios universitarios, Antonio se decantó por la carrera de ciencias económicas y empresariales, en Sevilla. Aunque quedó pronto decepcionado de estos estudios, llegó a cursar la carrera durante tres años, hasta el día en que finalmente decidió abandonarla para empezar la de Geografía e Historia en la misma universidad, especializándose en Historia del Arte. Esta decisión marca en cierto modo el punto de inflexión en su trayectoria académica, que desde entonces estaría enfocada a los que a lo largo de su vida habrían de ser sus empeños: los culturales, y de modo especial las artes, en múltiples vertientes.

En su condición de hijo de militar, durante los primeros años de su estancia en Sevilla residió en la Residencia Militar San Hermenegildo, en el Prado de San Sebastián. Allí conoció al futuro poeta y escritor, entonces joven estudiante, Juan Luis Romero Peche (Málaga 1954-Sevilla 2002), con quien entablaría una estrecha amistad, que proseguiría hasta la prematura muerte de Romero Peche. De aficiones y temperamentos parejos, ambos creaban en las aulas y en la Biblioteca del Laboratorio de Arte, un mundo de ficción y de heterónimos que solo ellos podían desvelar². Durante aquellos años, coincidentes con los últimos de la vida del general Franco y primeros de la Transición, Antonio, junto a Romero Peche, Fernando Rivas y Manuel Caballero, entre otros, se implicaría en un buen número de acciones e iniciativas en el ámbito teatral, que tenían como escenario el Teatro Real de la Alameda de Hércules; enclave para él muy significativo, y en cuyo entorno vivió los últimos años de su estancia en Sevilla.

A poco de cambiar de facultad, Antonio había abandonado la residencia militar en busca de una mayor independencia, alojándose sucesivamente en distintas casas del casco histórico sevillano, algunas de ellas en el barrio de Santa Cruz. Concretamente en la plaza de la Alianza vivió en un piso bajo que aparece en la última película de Luis Buñuel, *“Ese oscuro objeto del deseo”*, rodada en Sevilla en 1977; coincidencia que le dio pie en el futuro a narrar numerosas historias apócrifas acerca de la visita a su hogar del director aragonés.



Antonio y Juan Luis Romero Peche con Reyes Ortega y Carmen García de Diego. Córdoba 1978

Debemos a Reyes Ortega, otra de sus buenas amigas de entonces, el relato de un buen número de episodios y anécdotas de esos últimos años de facultad. Entre ellos, los viajes a Córdoba, Granada, Úbeda o Salamanca; sus estudios de italiano en la Asociación Dante Alighieri, que le permitieron disfrutar de una beca en Italia durante el verano de 1979, y la multitud de experiencias de aquella primera salida al extranjero –Portugal nunca fue “extranjero” para Antonio–, experiencias recordadas con frecuencia en años posteriores y temas centrales de muchas de sus más hilarantes narraciones.

Tras acabar sus estudios, parecía inevitable el retorno a Extremadura, momento que contemplaba con cierta relucencia. Fuera para posponer ese momento, o por otra razón, en el otoño de 1979 Antonio, junto a Isaac Navarrete, otro antiguo amigo de Badajoz, decidió abrir un bar. Para financiar

² Cuarenta años después, aún son recordadas por sus compañeros de entonces esas “imágenes para el alma”, (en palabras de Carmen Araya), que los dos amigos representaban.

el proyecto recurrieron a la entonces novedosa idea del micromecenazgo, –actualmente crowdfunding–, que en resumen consistía en pedir a un amplio grupo de amigos la aportación de una modesta cantidad, que les permitiría reunir un capital suficiente. El sistema funcionó, y a su debido tiempo inauguraron el bar, situado en las proximidades de la Alameda de Hércules. Lo llamaron “*La Fontana*”, en homenaje a La Fontana de Oro, de Galdós, libro que por entonces estaba leyendo y había entusiasmado a Antonio por las grandes dosis de humor, la fina ironía y el lenguaje vivo y expresivo del autor canario. Rasgos distintivos, por cierto, que aparecían a menudo en la propia conversación de Antonio.

Vida profesional.

Acabada la carrera en 1979, el regreso de Antonio a Extremadura se vio precipitado por la aparición de un grave problema de salud, en forma de una fuerte hemorragia gástrica provocada por una úlcera sangrante, de la que tuvo que ser intervenido de urgencia en el hospital militar de Sevilla. Pasó su convalecencia en Badajoz, en una época que coincidiría con los años fundacionales de la Comunidad Autónoma, que al asumir como competencia propia la gestión de la cultura, estaba también empezando a sentar las bases de lo que con el tiempo serían nuevas instituciones culturales. Antonio, como muchos de sus compañeros, fijó su atención en las oportunidades profesionales que brindaba la Junta de Extremadura, obteniendo una plaza como funcionario en el cuerpo técnico de la Administración, con desempeño en la Consejería de Cultura. En 1990 fue nombrado director de la Biblioteca Pública Bartolomé J. Gallardo de Badajoz, permaneciendo en ese puesto hasta 1994.

Su interés por el arte le había llevado a contactar con un buen número de artistas extremeños y portugueses, llegando a organizar algunas exposiciones en las propias dependencias de la Biblioteca. Además, desde sus últimos años en Sevilla era corresponsal desde Andalucía de la revista LÁPIZ, en la que ejercía como crítico de arte, labor que desempeñaba también en algunos medios locales.

Se implicó activamente en diversas iniciativas hispano portuguesas, como la revista Espaço-Escrito, de cuyo consejo de redacción formó parte, desde su fundación en 1987 hasta su extinción en 2009. Además, la participación extremeña en la Exposición Internacional de 1992, –la Expo– constituyó una ocasión para establecer relaciones personales con artistas e intelectuales españoles o extranjeros, con muchos de los cuales habría de colaborar posteriormente en el Museo Extremeño e Iberoamericano de Arte Contemporáneo, el MEIAC, creado en 1994 e inaugurado en 1995.



Antonio Franco con el artista alemán Wolf Vostell en una visita al convento de Sao Paulo, en Redondo (Portugal) 1994

El museo.

Lo que identificaría para siempre la vida de Antonio Franco sería una idea, apenas un brumoso proyecto juvenil hecho realidad: el MEIAC, ese museo de arte contemporáneo –grande su intuición de vincular Extremadura e Iberoamérica con las vanguardias artísticas– y del que fue el primer y único director durante veinticinco años. Surgido casi de la nada, el museo se convertiría en pieza angular, aunque no exclusiva, de su andadura profesional.

De su desempeño en el museo, sus logros y sus dificultades, dan cumplida cuenta en estas mismas páginas otros testigos más autorizados, pero incluso para los profanos en el sector resulta abrumadora la simple enumeración de las exposiciones celebradas, cuyo número, aún hoy, supera al de todos los museos de ámbito autonómico, incluso los de mayor perfil histórico.

Misión prioritaria en la labor de Antonio Franco al frente del museo fue (desde el inicio de su andadura), dotar a la institución de un fondo verdaderamente significativo, en calidad y cantidad, de obras de los principales artistas extremeños: Pérez Rubio, Ortega Muñoz, Barjola, Ángel Duarte, Eduardo Naranjo y otros muchos, dentro de un conjunto con más 1.200 piezas en el que están representados un centenar de artistas (muchos de los cuales estaban prácticamente ausentes de las colecciones públicas extremeñas).

Queda pendiente la elaboración de la biografía profesional de quien fue algo más que el impulso motriz del hasta ahora indisoluble tándem Antonio Franco-MEIAC. En ella habrán de detallarse las múltiples exposiciones que comisarió, los excelentes catálogos editados, las conferencias dictadas, los artículos publicados, los cursos impartidos, los seminarios y congresos en que participó, los proyectos que no llegaron a cuajar..., la trayectoria, en fin, de un intelectual comprometido con su tiempo y con su obra. Aquí sólo nos cabe recordar la absorta dedicación a su tarea como director del museo, algunas de cuyas reflexiones sobre el mismo se reproducen aquí:

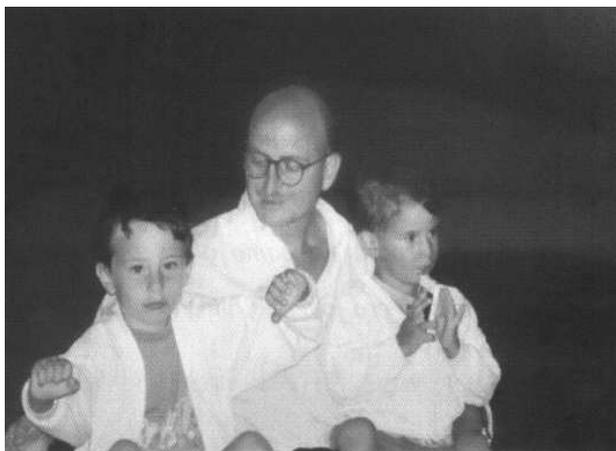
“Mayor alcance para el futuro de la institución tiene, seguramente, su propósito de articular un relato que dé cuenta del proceso modernizador que se ha vivido en la región desde los años iniciales del siglo XX. Un relato que pasa por la necesidad de estudiar sus distintos periodos, ampliar y actualizar sus colecciones y definir un nuevo patrón de referencia para la cultura regional. Primero, ampliando el ámbito de sus intereses desde el estricto campo de la creación artística al perímetro más amplio de lo visual antropológico (para eso el museo creó un Banco de imágenes digitalizadas, que tiene ya más de 4.000 registros); y en segundo lugar ensayando, en términos igualmente innovadores, la posibilidad de articular una cultura nueva sobre el territorio en el contexto de la identidad globalizada. En su opinión, el modelo de futuro que en ese sentido encarnaría el MEIAC, no puede ser ni esencialista, ni etnocéntrico (como lo fueron los regionalismos históricos), sino abierto a la diversidad de géneros, a los tránsitos y re-asentamientos que en la actualidad desdibujan las fronteras, a su posición transfronteriza, y a la transversalidad de las distintas disciplinas creadoras que se reconocen en el tiempo presente.”³

La familia.

Antonio y yo nos casamos en Guadalupe, en 1984. Aunque durante algunos años Antonio trabajaba en Mérida, el domicilio familiar estuvo siempre en Badajoz, donde nacerían nuestros hijos, Carlos y Gonzalo, en 1985 y 1988, respectivamente.

³ Fragmento del *Curriculum Vitae* escrito por Antonio Franco en 2018.

Las nuevas circunstancias familiares dieron ocasión a Antonio de recorrer Extremadura y Portugal, recuperando con su nueva familia tradiciones de su propia infancia; aunque serían otros los lugares de destino: Algarve, Costa Vicentina, Oporto, Lisboa.... Como no podía ser de otro modo, el talante tranquilo y afectuoso de Antonio harían de él un padre benigno, poco dado al autoritarismo, que sintió desde el primer momento una devoción real por sus dos hijos, y una permanente inquietud por su bienestar, que continuaría sintiendo mucho más allá de la niñez y adolescencia de aquellos.



Antonio con sus hijos Carlos y Gonzalo. 1990

Un amigo.

Posiblemente el número y calidad de los amigos de un hombre sea uno de los indicadores que mejor le definan y reflejen su propia calidad humana. En ellos, Antonio fue rico desde muy temprana edad, y su lealtad y entrega, la pródiga e inteligente generosidad con que a todos regalaba cuanto tenía que ofrecer, habrían de ser rasgos recurrentes que se manifestaron pronto, apenas salido del cobijo familiar. Y como es frecuente en esas edades, las amistades forjadas durante los primeros años de vida habrían de ser perdurables, hasta el punto de que fuera precisamente uno de ellos, el médico Remigio Cordero, quien le atendería durante su rápida y terrible enfermedad, visitándole a diario, hasta la última noche.

La nómina de amigos de Antonio fue siempre copiosa. Imposible traer aquí una relación de todos ellos sin caer en algún involuntario e injusto olvido. Pasó por el desgarrar de perder a muchos, y a todos cuanto pudo acompañó hasta el fin. Para ejemplificar este aspecto de su vida, hemos elegido el relato de su relación con uno solo de ellos: Fernando T. Pérez González, desde la visión de sus hermanos⁴:

“La amistad entre Antonio y Fernando tuvo sus orígenes en Santa Marta de los Barros. Isabel Domínguez Vela, la madre de Antonio, pasaba temporadas muy largas con sus primas de Santa Marta, primas a su vez de la madre de Fernando. De manera que cuando Antonio le tomó el gusto a saltar del Entrín Bajo, pueblo de su madre, al pueblo de sus primos, hizo pandilla con los amigos de estos, entre los cuales halló a Fernando. Muy pronto la relación entre ambos saltó la amistad de pandilla y se convirtió en comunión de afecto, de pensamiento, de mirada a un futuro que presentían parejo.

⁴ Extracto del relato de Isabel María Pérez González.

“No hicieron la carrera juntos, tampoco finalizaron los mismos estudios. Fernando se licenciaría en Filosofía Pura en la Complutense de Madrid. Pero al llegar el verano, no fallaba la estancia de Antonio en Santa Marta y las buenas migas recuperadas del “Artista” y el “Filósofo”, como les apodaban las amigas. Decían ellas que “el Artista y el Filósofo eran dos progres que vestían de progres, pero no como otros progres. Ya entonces apuntaban maneras, el uno a lo Bonet cuando era joven, el otro a lo Sartre y su cachimba”.



Fernando T. Pérez González y Antonio en Badajoz, delante de la Biblioteca Pública ‘Bartolomé J. Gallardo’, en 1991, durante la celebración de la exposición Los orígenes de la Enseñanza Media

“Habría de llegar más tarde, sobre todo y al unísono, la apuesta de ambos por situar Extremadura en la Historia del Arte y de los libros. Fue entonces cuando las visitas de Antonio a Santa Marta comenzaron a concretarse en el periodo navideño y ya en la intimidad familiar de los Pérez González. Las anécdotas más jugosas, las tristes, las divertidas, la ilusión profesional de aquellos dos dignos funcionarios públicos pasaban por largas sobremesas de cava y de turrón, a golpe de ocurrencias de Antonio y de Fernando, siempre tan hábiles en la palabra, tan certeros en el análisis, tan divertidos en la crítica.. Un día de agosto del año 2005 se nos marchó Fernando. Antonio había ido a visitarle la tarde anterior, como tantas otras; pero en aquella ocasión permaneció hasta la madrugada. Tenía la certeza de que se estaba despidiendo de su amigo. Y habló durante horas. Y durante horas dio un largo repaso a los años de amistad y de recuerdos, entre ellos, Sevilla, la Facultad, su amigo Juan Luis. Aquella noche Antonio lloró, lloró las lágrimas de lo irreversible, de la certeza fatal, lloró las lágrimas de la pérdida inminente. Fernando murió unas horas más tarde.

“Y llegaron las siguientes Navidades. Fernando ya no estaba, pero su amigo Antonio permaneció fiel a la cita en el hogar de los Pérez. En aquel ritual de amistad que nunca interrumpió hasta que se lo prohibió la enfermedad, Antonio quería verles a todos, porque, decía, en aquellas sobremesas respiraba a su amigo Fernando.”

El final.

Como sucede en tantas ocasiones, el final de la vida de Antonio sucedería de modo inesperado, abrupto y brutal. Aunque con las dificultades económicas que fueron tónica habitual en la gestión del museo, Antonio encaraba con optimismo los actos con los que tenía pensado conmemorar los vein-

ticinco años transcurridos desde su inauguración, que se cumplirían en mayo de 2020. Sabemos que uno de los proyectos más relevantes hubiera sido la celebración en el Museo de Arte Contemporáneo de Lisboa de una exposición de los fondos portugueses de la colección del MEIAC; y que acariciaba la idea de una similar en Santiago de Chile, ciudad que había visitado en 2018.

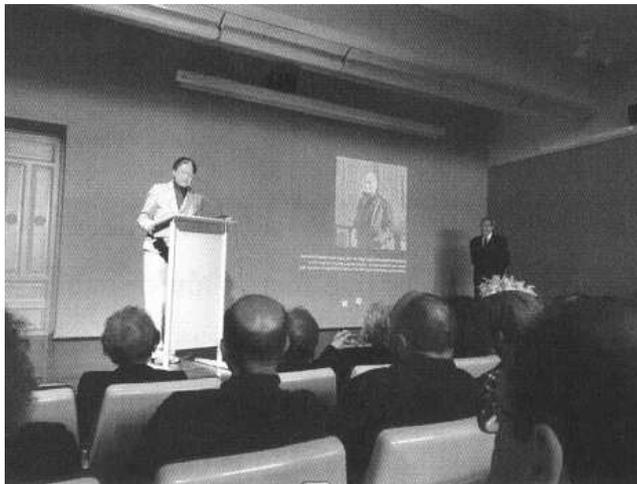
Pero además del museo, otros proyectos ocupaban su mente, muchos de ellos a desarrollar tras su jubilación como funcionario, momento que sabía próximo, pues en 2020 hubiera cumplido los 65 años. Uno de sus temas más queridos era el de la fotografía histórica, la que conserva la memoria en imágenes de la Extremadura olvidada, especialmente la captada por fotógrafos locales, casi desconocidos, de los que llevaba años recopilando cuanta información podía obtener, y que pasarían a integrar los fondos de ese Archivo Antonio Franco que ya hemos mencionado antes.

Todo lo interrumpió la enfermedad. Muchos amigos acudieron a acompañarle durante las últimas semanas. Antonio murió en nuestra casa, la mañana del día 26 de enero, en brazos de su hijo. Sus cenizas reposan junto a las de su padre en el pequeño cementerio del pueblo de su madre.

Homenaje póstumo.

Por iniciativa del profesor y ensayista José Jiménez y de la historiadora del arte Isabel Durán, secundada por un buen número de personas del mundo del arte y la cultura, el 27 de febrero de 2020, apenas un mes después de su muerte, se celebró en Madrid un acto de homenaje a Antonio Franco, que tuvo lugar en el Museo Nacional de Antropología.

Con la actuación como introductor de José Jiménez, se sucedieron seis breves intervenciones.



Homenaje a Antonio Franco celebrado el 27 de febrero de 2020 en Madrid. Intervención de Claudia Giannetti

Cada una de ellas a cargo de relevantes figuras de la cultura y el arte contemporáneo que, además, habían colaborado con Antonio en diferentes actividades. Ante una sala que rebosaba de emocionados amigos y compañeros fueron hablando Rosina Gómez Baeza, exdirectora de la feria ARCO; José María Viñuela Díaz, conservador patrimonial del Banco de España y miembro del Patronato del MEIAC; Claudia Giannetti, teórica e investigadora especializada en arte contemporáneo y *media art*; Juan Antonio Álvarez Reyes, director del Centro Andaluz de Arte Contemporáneo; Emilia Ferreira, directora del *Museu do Chiado*, de Lisboa, y César Antonio Molina, profesor universitario, ex-ministro de Cultura y ex-director del Instituto Cervantes.

Todos ellos pusieron de relieve la entereza de Antonio Franco ante las dificultades de su vida profesional al frente del MEIAC. Se destacó su acierto en especializar el museo en el arte extremeño, latinoamericano y portugués, como caso único y excepcional en España. Se mencionó también el

criterio de apostar por la especialización en arte y tecnología, como segundo gran desafío, y muestra de su visión para liderar desde la periferia la renovación de los discursos de otros museos de arte contemporáneo.

Fue varias veces mencionado el amor de Antonio por Portugal, y las excelentes relaciones que mantenía con los artistas y gestores culturales de este país; así como el esfuerzo por dotar de la máxima proyección internacional al MEIAC, produciendo exposiciones que aparecieron en Pekín, Berlín, Génova, Roma, Dublín, Nueva York o Belgrado.

Y por último, nadie dejó de lamentar la pérdida de un hombre que todos cuantos le conocieron coincidieron en definir como inolvidable.